

**Escultura.** La obra que Manolo Valdés instalará en el Parque del Manzanares está en proceso de montaje, antes de pasar a su ubicación y alzarse como «otro faro de Madrid»

## El secreto de la mujer sin rostro

ANTONIO LUCAS

**A**quella nube de poliespán que hace unos meses no era más que la sombra blanca de un sueño empieza a adquirir carácter. Hace algo más de un año Manolo Valdés escogió una de sus esculturas —una cabeza de mujer con tocado— para afrontar el encargo de realizar una pieza que sería instalada en el nuevo Parque del Manzanares. La obra iba a tener unos 14 metros de altura. Y la obra ya está, casi, aquí.

Después de varios meses de desarrollo desde el dibujo original hasta el imponente cuerpo actual de la obra —proceso que M2 ha seguido puntualmente—, su sensualidad se empieza a apreciar más allá de la mecánica incesante de la imaginación. «Es ahora cuando empezamos a ver cómo va a ser el resultado final. Aquí está casi concluida en bronce noble. Ha adquirido fuerza y empieza a mostrar su rotundidad», comenta el artista.

Valdés se ha detenido ante la escultura. Mira. Acaricia. Busca los accidentes felices de las piezas de bronce que componen la obra a escala. Las chispas de los sopletes repiquetean sobre el metal. En la Fundación Capa (Arganda del Rey) hay un trasiego de curiosos que han acompañado al pintor para ver cómo esta dama sin nombre ni rostro definido, esta mujer de rasgos de humo rotundo, se alza. Pero Valdés se queda solo y busca por las costuras abiertas de las chapas de bronce que los fundidores van ensamblando un misterio que se revela poco a poco.

Hasta llegar aquí, el proceso de fundición ha sido una labor casi alquímica. Desde el cálculo primero de un molde en poliespán hasta su réplica en yeso. La sección de ese yeso en piezas milimétricamente seccionadas, encofradas y bañadas en el incendio líquido del bronce, a 1.300 grados centígrados. Y a partir de ahí, la recta final: el punteado de las chapas y el desarrollo de una estructura metálica que le dé al-

ma y sujeción a los 14 metros del rostro de mujer que quiere ser faro de la ciudad.

Dos operarios trabajan en el interior de la escultura como aquellos marinos de Melville que dormían el sueño de los justos en el vientre de Moby Dick. Por dentro, la pieza de Valdés es una fiesta de sopletes, un cofre palpitante que en pocas semanas cerrará sus costuras para convertirse en un pozo de aire indiscrutable. «Una vez que esté todo soldado resolveremos las posibles incorrecciones que han podido surgir. Lo más difícil es buscar el equilibrio de la totalidad», comenta Eduardo Capa, uno de los responsables de la fundición.

Ese equilibrio es hacer que el ritmo de la escultura no se rompa. Que desarrollada a 14 metros de altura, el volumen y la escala se ajusten a la realidad. «Y es que en arte dos y dos nunca suman cuatro», bromea.

En este momento, la pieza tiene

**«Me gustaría que la iluminación sea especial, con reflejos rojos, azules y amarillos», dice el pintor**

un aspecto de ruina esbelta o de paisaje después de la batalla. «Tengo que decirte que la impresión que he tenido es muy buena. Yo he seguido todo el proceso desde Nueva York, donde me han ido enviando las fotografías de lo que sucedía. Pero al verla me he quedado impresionado. Cuando esto se funde, las piezas generalmente se deforman, algo que no ha pasado aquí en exceso», añade el pintor.

Cada una de las piezas que van dando forma a este rostro de mujer sin rostro se ensamblan unas a otras como un puzzle, como un *terris* disparatado y, sin embargo, lleno de lógica. Valdés lo aclara: «La escultura tiene una textura muy definida. Si en vez de cortar



Manolo Valdés, en la Fundación Capa, ante la escultura que instalará en el Parque del Manzanares. / PEDRO CARRERO

las piezas de esta forma tan caprichosa se hace de una manera más lineal, al soldarlas quedaría una costura demasiado ancha que alteraría la misma superficie por el lado del ensamblaje de las planchas, ¿entiendes?». Y lo dice como el que cumplimenta cordialmente una curiosidad. El sigue mirando la escultura, hablando desde la yema de los dedos según la acaricia.

Le interesa en este momento a Valdés ver los accidentes fortuitos que sobre la materia ofrece la fundición en bronce. El relieve de la piel metálica de esta obra que mirará a Madrid. «Sigo con la idea de que se convierta en un símbolo de la ciudad. Así la he concebido, con esa idea; aunque también con toda las cautelas que implica el que sea

una obra pública. No me gusta imponer las cosas, sino encontrar ese punto equilibrado donde exista un consenso entre todos los que se acerquen a ella; que se vean reconocidos», explica.

Manolo Valdés va hilando ideas como quien se las cuenta a sí mismo. «Y la luz. Me gustaría que tuviese una iluminación especial». ¿Por ejemplo? «Que unos días le dé un reflejo rojo, otros azul, otros amarillo... Que la escultura no siempre se vea igual, sino que a través de los distintos colores con que se ilumine se descubran cosas nuevas».

Esta esfinge robusta empieza a vislumbrarse ya con claridad. Le falta aún el tocado con el que la rematará el artista. Será un en-

jambre de cables de acero que tendrá unos 12 metros de diámetro. Un sombrero diseñado como por el tiralíneas de un lunático. «Este último detalle lo quiero rematar en el mismo lugar en el que quedará instalada la escultura. Será como dibujar en el aire», dice.

La próxima etapa de la obra, antes de que sea trasladada al Parque del Manzanares, será darle la pátina de ácidos. Algo así como acelerar lo que la Naturaleza hace con este metal a más largo plazo. Envejecer el bronce.

Otorgarle un tiempo ficticio, una edad sin edad. Valdés se detiene una vez más ante la escultura: extraña, ajena, mansa, como un barco en astilleros, como un enigma a punto de zozobrar.